

algunas paradas en casa de los taberneros de las cercanías, entraron en la taberna dos jornaleros.

Eran Clemente y José.

Serian entonces las siete de la noche poco mas ó menos, y hasta las diez M. de la Cruz no debía aparecer á los ojos estupefactos de Cipriana.

## XXI

AMOR... DOLOR...

(EL CUADERNO AZUL.)

—Id á buscar á vuestra madre...

Don José permanecía inmóvil á la entrada del cuarto. Yo me arrepentí de mi desconfianza. A pesar de la hora y de los medios insólitos de su aparición, me consideraba segura cerca de su corazón leal.

—Mi madre está durmiendo indudablemente, le respondí yo. Además, si todavía tenéis otras cosas que participarme, mas vale que me encuentre sola para saberlas: bastante tiene con sus angustias personales, la pobre mujer, sin que yo añada las mías. — Podéis entrar, M. de la Cruz, os escucho.

Dió dos pasos hácia adelante, — nada mas que dos pasos.

—¡Ah! Cipriana, exclamó, ¿es cierto que habeis consentido en casaros con ese hombre?

Había un acento de dolor tan sincero en este grito, que me conmóví hasta las entrañas. Conservé no obstante bastante imperio sobre mí misma para ocultar una turbación que no debía dejar apercibir.

—Sí, don José, he consentido. He consentido, y no me arrepiento de ello. Que mi loco cerebro de jóven haya podido formar en otro tiempo otros ensueños, no lo niego; pero de esos sueños no me acuerdo ya. Vos mismo habeis hecho esfuerzos para probarme que eran irrealizables, y os lo agradezco, pues así me habeis determinado á sacrificarme por la felicidad de los míos...

—¡Yo!... ¡Soy yo quien...! ¡Oh! ¡mirad! no os ofendais, pero me volveriais loco con tales palabras... — ¿Quereis entonces que yo os muestre mi corazón... que os revele por entero mi miseria?... Pues bien, quedad satisfecha, sabed que, á pesar de estar separado de vos por todos los convenios sociales, — pues, ¡ay de mí! esta parte de mis confidencias del otro día es por desgracia verdadera, — ¡os amo como un insensato! Sí, os amo; y sin embargo, si os viese unida con un hombre digno de vos, diria: ¡Está bien! me sonreiria con la desesperación en el corazón. ¿Quién sabe? quizás tuviera yo la fuerza de amarle á él, por haberos escogido. Pero ese Matifay... — ¡Qué! ¿no habeis leído en sus ojos todas las infamias de su alma?... Es un monstruo, os lo repito, bajo y vil como un sapo, peligroso como una víbora.

¡Ah! ¡si conociérais su vida! ¡si tuviera yo el derecho de contároslo!...

— Es vuestro deber, le respondí yo, sumamente pálida y temblorosa, so pena de pasar á mis ojos por un calumniador. Las afirmaciones nada prueban, M. de la Cruz, y en el terreno en que os colocais, se necesitan pruebas.

No respondió; pero me lanzó una mirada altiva, llena de tristeza y de reconvención.

— ¡Oh! ¡perdonadme! exclamé. ¿Qué quereis que yo haga, que diga, que piense? — Vos me afirmais que mi futuro dueño es un monstruo (no estoy ¡ay! sino muy dispuesta á creerlo), y todo el mundo que me rodea no hace mas, al contrario, que cantar sus alabanzas. ¿Es un monstruo, en fin, el hombre á quien la muerte de una hija adoptiva ha herido tan cruelmente como la de la suya propia?...

— ¿Es un monstruo, replicó friamente don José, el hombre que, despues de haber hecho pesar su propio crimen sobre la cabeza de la madre, se ha enriquecido con los despojos de la hija, abandonándola muy lejos, matándola quizás?... Porque, ante un crimen mas, nunca retrocede un Matifay.

Estad segura de ello, Cipriana, si dirijo acusaciones tan graves, es porque estoy convencido de que son fundadas. Si Matifay se acuerda de ella, no es para sentirla, os lo juro, es para estremecerse de terror. Los fantasmas que le circundan no son esas sombras clementes que vienen á veces por la noche á nuestra cabecera para recordarnos los seres queridos que hemos perdido para siempre; son espectros desesperados y feroces, imágenes que aterran con el remordimiento...

Estaba lívido y tembloroso, como si se hubiera encontrado delante de uno de esos espectros que evocaba.

— Mirad, yo, cuyas manos están puras, cuya conciencia está tranquila, tengo todavía en el oído un grito, un grito de agonía que ha debido resonar muy á menudo en los ensueños de ese hombre. También yo oí ese grito, y no lo olvidaré jamás. Y á veces me despierto sobresaltado, creyendo oírle todavía. Y sin embargo, no era yo el asesino. Si estaba allí, era para salvar al desgraciado á quien ellos asesinaban.

No lo pude hacer, por desgracia, porque era muy niño.

¡Oh! pero el niño se ha hecho hombre, y puesto que Matifay ataca hoy lo que mas quiero en el mundo, yo también seré uno de los espectros que le persigan, un espectro en carne y hueso, una encarnación viva de la venganza y de la justicia.

¿Mentía él con tal acento de sinceridad en la voz y en el gesto? Las gotas de sudor que le caian de la frente ¿eran mentirosas? Sus ojos dilatados, penetrando en el vacío como fascinados por una monstruosa vision, ¿mentían? — No; y yo recordaba las descompuestas confidencias del baron Matifay, sus paseos nocturnos á través de los salones vacíos de su hotel, sus recuerdos, como él decia, que yo habia tomado por pesares, y que, en esta hora, estaba segura de que eran remordimientos!

— ¡Os creo, don José! exclamé. ¡Os creo!

— Entonces, ayudadme pues á salvaros, Cipriana, ó mas bien, salvaos vos misma.

— Decid, aconsejadme, hablad. ¡Haré todo lo que querais!...

— Pues bien, exclamó.

Pero en seguida se detuvo, y dejando caer sus brazos en actitud de un triste abatimiento:

— Pero no, vos jamás consentireis... ¡Jamás vos podreis creerme!... — ¿Cómo podria yo, Dios mio, persuadirla de que solo esta via queda abierta á su salvacion?

¿Qué voy yo á proponerla? ¿que abandone la casa de sus padres y huya de noche con un desconocido? ¿que busque lejos de su madre una protectora mas poderosa, tan adicta ciertamente, pero cuyo nombre mismo no es permitido revelárselo? ¡Oh! Cipriana, lo que hoy pido é imploro es un prodigio de fé en mi honor y en la pureza de mi amor. Sí, es menester que dejes esta casa, y esto dentro de una hora, dentro de un instante, en seguida. Es menester consentir en dejar, ¿quién sabe? que la calumnia muerta en vuestra reputacion. Es menester sumergir á todos los vuestros en una inquietud mortal, resolveros á no volverlos á ver sino despues de trascurridos dilatados dias, cuando yo y los míos hayamos allanado los obstáculos que os separan... ¡Oh! pero lo que es menester sobre todo, lo que es preciso, es tener confianza, y creer que, en todo esto, yo no soy impelido por ningun interés personal; que desde el umbral de esta puerta me separaré de vos para no volver mas sin un llamamiento vuestro. Os amo, Cipriana, como habria amado á mi madre, á quien jamás he conocido, y que está en el cielo. Os amo, como en el naufragio ama el marino al leño á que se agarra. Sin embargo os juro, y es menester que me creais, que jamás, en interés de mi amor, os daria tal consejo. No es mi dicha lo que está aquí en juego, es vuestra salvacion, y así que yo os vea sentada en el coche que debe conducirnos hácia vuestra nueva protectora, partiré... Partiré para siempre si lo exigis.

Esta proposición tan inesperada de fuga, de raptó (pues es preciso pronunciar la palabra), habia hecho renacer todas mis desconfianzas; pero, á medida que hablaba, se volaban, ¡tan comunicativa era la franqueza de su acento! Mas al mismo tiempo, te lo juro, Ursula, mi resolución se hacia mas firme é incontrastable.

— Os creo, M. de la Cruz, le respondí cuando hubo terminado. Mi alma jamás podria concebir, ni siquiera un segundo, el temor de una traición de vuestra parte. Sin embargo, no partiré. O, al menos, rectificqué vivamente (pues no sé qué rayo desesperado, cruzando su mirada, me espantó), no partiré sin que antes haya tomado consejo de la que vos mismo, al principio de nuestra entrevista, pareciais aceptar por árbitro.

Vuestras primeras palabras, al entrar aquí, han sido:

— «Id á buscar á vuestra madre.»

Si os sentis con valor para renovar vuestro consejo en su presencia, y ella lo aprueba, lo seguiré.

— Ya esperaba encontrar esa resistencia, replicó con cal-

ma, y si no la hubiera encontrado, no seriais la pura y noble criatura que yo amo.

Id á buscar á vuestra madre, Cipriana, y tan cierto es que mi consejo no tiende sino á procurar vuestra salvacion, que delante de ella lo renovaré.

Mi aposento y el de mi mamá están separados por una vasta antecámara. Pero un corredor de servicio, que no sirve sino á nosotras dos, y á Postel también durante el día, establece por detrás una comunicacion directa entre nuestros dos cuartos.

Una luz directa filtraba por debajo de la puerta del corredor y me decidí á llamar y á entrar.

Mamá no estaba todavía acostada, ni aun desnudada. De codos en un escritorio de laca, meditaba profundamente delante de una gran carta abierta ante sus ojos.

Al ruido que hice abriendo la puerta, levantó la cabeza, pero no pareció nada sorprendida de verme levantada á tal hora.

Plegó de nuevo la carta, y guardándola en su corsé:

— ¡Sois vos! dijo.

Despues de un corto silencio, mi madre añadió:

— Os esperaba.

Yo quise responder, balbucear una explicacion que ella no pedia; no me dejé tiempo, y viniendo á mí:

— Tenia mucho miedo, continuó, de no volveros á ver. Jamás podreis figuraros con qué alegría profunda me apercibo de que os habia juzgado bien. Sí, Cipriana, os esperaba... Y sin embargo, si hubiéseis marchado sin consultarme, sin abrazarme, al menos, soy la sola que no habria tenido derecho para condenaros.

La estupefacción me tenia muda. Mamá volvió por un instante á la meditacion de que le habia distraído; luego, tomándome la mano:

— ¿Vos amais... tú amas á M. de la Cruz?

Me ruboricé hasta el blanco de los ojos.

— ¡Ah! tú puedes decirme todo, prosiguió encontrando hasta en medio de sus tristezas una sonrisa para tranquilizarme. — Nada podrias participarme que yo no sepa en parte, — desde esta noche solamente, — y pronto hubiera adivinado lo demas. — Tú le amas, y abandonada por mí y por tu padre, ¡no te has ido!

Me cogió entre sus brazos y me besó en la frente, y yo sentí sus trémulos labios murmurar una palabra:

— ¡Gracias!

Todo eso era por demas extraño; la intervencion de algun ser misterioso y superior en nuestra vida.

— No he marchado, mamá, porque no debia ni queria hacerlo sin haberos consultado previamente. Tal ha sido mi respuesta á los argumentos apremiantes de M. de la Cruz, y en este momento espera la vuestra.

Sin tomar tiempo para escuchar una sola palabra mas, mi madre se lanzó por el corredor. A pesar de toda la velocidad con que procuré seguirla, cuando llegué á la puerta del salon donde habia dejado á don José, ella estaba ya cerca de él, y leia una carta que acababa de entregarle, la misma que habia guardado en el corsé cuando entré en su aposento.

— Ya lo veis, don José, dijo mi madre, estaba prevenida de vuestra tentativa cerca de Cipriana, y sin embargo, no he puesto obstáculo...

Llegaba yo en este instante al hueco iluminado de la puerta. Ella se volvió hacia mí:

— Sabedlo bien los dos, sabedlo bien, Cipriana: largo tiempo hace que abdiqué mis derechos maternales sobre vos.

No tengo que daros órdenes; no tenéis que recibirlas de mí. Por eso os he dejado libre, os dejaré libre todavía de escoger vos misma vuestra suerte. Todo lo que M. de la Cruz os ha dicho es la pura verdad. Me hago cerca de vos garante de su sinceridad y de su honor. Sin embargo, os suplico que no le sigáis sin haberme escuchado. Lo que tengo que decir os quizás cambiará vuestra resolución.

Don José había acabado de leer la carta, y se la devolvió respetuosamente á mi madre.

— ¿Qué convendrá responder, señora?

— Responded, exclamó, á la que os envía, que será obedecida. Mañana será adoptada la resolución de Cipriana. La mía lo está ya. Respecto de ella, — quiero que pueda escoger su vía con todo conocimiento de causa. Debo descorrer ante sus ojos una punta del velo que le oculta mi pasado y el suyo. La prueba es dolorosa, pero necesaria. Id, don José, y decid á la santa que nos protege, que por esta tarea penosa prelude las que le plazca el imponerme.

Estaba yo de tal modo asombrada de encontrar á mi madre mezclada en el secreto de mis desconocidos protectores, que apenas si vi á M. de la Cruz saludarnos profundamente, y solo al oír el ruido lejano de la puerta del jardín, noté su desaparición.

Mi madre me miraba con aire pensativo. Cuando levanté hacia ella mis ojos interrogadores, me tomó de la mano sin decir palabra, y me llevó á su cuarto. Parecía sostener consigo misma una lucha penosa, pues se paseaba con agitación, y muda siempre. En fin, alzando los ojos al cielo, uniendo convulsivamente las manos, me llamó con la mirada cerca de ella.

— Lo que tengo que decir os es grave. Escuchadlo religiosamente, pues en este momento vais á ser mi confesor y mi juez.

Yo hice un gesto como para rehusar ese papel penoso para una hija piadosa con su madre; pero sin parecer fijar la atención en ello, continuó:

— He sido culpable, y sobre vos, ¡ay! pobre inocente niña, ha recaído hasta este día todo el peso de mi falta. En vos me castigan, y yo por vos expío. No os apresureis, sin embargo, á juzgarme demasiado severamente. Puesto que vos amais, debéis comprender á qué desenfrenamientos una criatura desvalida, ansiosa de afectos, puede ceder... ¡Ay! mi Cipriana, esta relación podrá ser para tí una enseñanza, al mismo tiempo que una dolorosa confidencia.

A tí también, querida hija, te veo á punto de resbalar por esa pendiente fatal, la sola peligrosa para las almas generosas como la tuya: la necesidad de amor y la compasión...

¡Ah! ¡eres muy hija mía! Así como en nuestros dos rostros, encuentro en nuestros dos caracteres y nuestras dos existencias una semejanza que me espanta...

Como tú, yo fui educada en un aislamiento casi absoluto.

A falta de padre y madre, me confiaron, desde mi más tierna infancia, al cuidado de una abuela mía, la marquesa viuda de Simeuse.

A decir verdad, no era mala mujer; hasta tengo toda clase de razones para no dudar del buen fondo de su corazón; pero la pobre señora era quizás la menos á propósito para la educación de una niña susceptible, uraña, ensimismada como yo lo era.

Había conservado esos modales altivos del último siglo y un poco también de esa sequedad de alma peculiar á toda esa generación, que las mil intrigas de la emigración habían hecho reservada hasta el egoísmo, y desconfiada hasta el escepticismo. Ambiciosa hasta el frenesí, murmuraba, como otros muchos, de la corte y de los cortesanos, quienes, en sentir suyo, no la habían recompensado según sus méritos, y sufría en Nantes un destierro voluntario, del cual había hecho una especie de soberanía. Tenía más de ochenta años, olvidaba en su salón á los descontentos de todos los partidos y jugaba con ellos á lo Talleyrand.

Todas sus pequeñas maquinaciones, cuya importancia se exageraba, eran útil alimento para su febril actividad. El día en que hubiera tenido que renunciar á ellas, creo que se habría muerto.

Comprenderás que en medio de todas estas preocupaciones, quedábale poco tiempo para pensar en mí. ¿Me amaba? lo ignoro. Algunas veces lo he creído, otras he dudado seriamente de ello. Supongo (pues ella todo lo reducía á afición ó odio, su idea fija) que veía sobre todo en mí un instrumento útil para el porvenir, pues en sus días de expansión sabía ponerme sobre sus rodillas, me estaba mirando largo rato y tarareaba haciéndome saltar entre sus trémulas manos:

— Teneis bellos ojos, señorita, seréis por lo menos duquesa, me decía.

Por el momento, á pesar de sus bellos ojos, la futura duquesa no era sino una feroz traviesilla, que hacía un singular contraste en el gran salón austero del palacio de Simeuse. De modo que mi abuela se cansó pronto de mí. Yo crecía mucho, tenía manos gruesas, brazos enjutos que causaban miedo. La marquesa, á quien no le agradaba sino lo que era bonito, no podía disimular su mal humor respecto á mí.

Por eso pretextó una enfermedad, la necesidad de aire, ¿qué sé yo? para enviarme á «hacer la muda», según su expresión, en una pequeña alquería de las cercanías de San Esteban de Montluc.

En este cantón se encontraban las principales propiedades de la señora de Simeuse.

## XXII

MARIA DE LOS ALISIOS.

(EL CUADERNO AZUL.)

¡Oh querida alquería de Noizilles! continuó mi madre. Ella ha sido mi convento de B... ¡Ay! los cinco años pasados allí son los únicos que no dejan hoy, cuando los recuerdo, ni la sombra de una tristeza, ni la angustia de un remordimiento. La casa era modesta, pero encantadora. Un largo piso bajo, con el techo cubierto en forma de bohardilla, y tapizado exteriormente de lúpulos y parras. Delante, un inmenso jardín á la moda antigua, con sus espalderas de albaricoques, sus perales en copas, sus líneas de boj tiradas á cordel y sus tejos cortados en forma de pilastras. Al terminar el recinto, una terraza que domina el inmenso Loira y sus pobres praderas de un verde sombrío. Detrás de la casa, un bosquecito frondoso, con pequeños barrancos y escavaciones en todos sentidos, causadas por las lluvias y los vivares de los conejos. Hé ahí todo mi dominio. Vivíamos allí dentro solas con mi aya, una anciana señorita noble que durante la emigración se había hecho institutriz en Londres para poder vivir. Llamábase señorita de Saint-Lambert, pero más á menudo la llamaban Lambert á secas. Por lo demás, mi abuela la estimaba mucho, y para agradar á la terrible viuda marquesa de Simeuse, la nobleza de las cercanías obsequiaba á la Lambert. Con frecuencia recibíamos visitas en Noizilles; pero lejos de intimidarme como en Nantes, donde me sentía oprimida bajo el peso de las miradas de mi abuela, estas visitas me divertían mucho en Noizilles. Mi alegría natural, tan largo tiempo comprimida, tomaba libre vuelo y no me importaba nada reirme de sus pelucas empolvadas y de sus modales anticuados.

Además, yo tenía un camarada, un compañero, un amigo, el joven caballero de los Alisios.

María — pues se llamaba María como una mujer — tenía casi mi edad, pero era todavía más esbelta y más niño que yo. Me parece estarle viendo todavía, con sus largos cabellos rubios rizados y sus grandes ojos azules, á la par que traviosos y meditados. — A pesar de sus apariencias femeninas, era no obstante un hombrecito valiente. — Nada le intimidaba. Sus dulces ojos azules se ponían por instantes enérgicos y voluntariosos. Entonces casi tomaban un matiz negro y lanzaban llamas que hubiesen hecho bajar las miradas más altaneras.

Pasábamos todos nuestros días juntos. Mi primera pregunta, al levantarme por la mañana, era: — ¿Dónde está María? — Y por la noche, al separarnos, nunca nos decíamos «adios», jamás «hasta la vista»; siempre «hasta mañana.»

No tenía ni padre ni madre — como yo — y habitaba á un cuarto de legua de Noizilles, en una pequeña y miserable alquería, único patrimonio suyo. En suma, el pequeño caballero María era más pobre que muchos campesinos; pero eso nos era igual. Aislados los dos, encontrábamos natural el amarnos, y como las muchachitas son siempre más audaces que los muchachos, yo le llamaba «mi maridito.»

Estos amores infantiles no tuvieron consecuencia. A Lambert ninguna inquietud le inspiraban, y no hacía más que sonreirse.

Sin embargo, á medida que íbamos creciendo, María se hacía más reservado. Un día que había gran recepción en Noizilles, me dijo: «Señorita.» Adiviné ese día que un nuevo elemento iba á introducirse en nuestras relaciones, y lloré toda la noche.

Me había propuesto firmemente interrogar al siguiente día á María y preguntarle si no me amaba ya para tratarme como á una extraña; pero, cuando llegó, no me atreví.

Tenia el aspecto muy triste, tan triste como yo, por lo menos. Me habló sin afectación de su pobreza y de mi fortuna. «Ya ha pasado el tiempo, decía, en que el nombre suplía á todo. Era menester que pensara en su porvenir.» Luego, sin afectación ninguna, disminuyó el número de sus visitas á Noizilles. No vino por de pronto sino cada dos días, luego todas las semanas, y después aun más raras veces.

Yo era ya una gran mujercita. Comprendí, y no hice sino querer más á mi querido caballero.

En esa época fué cuando mi abuela me llamó cerca de ella y me presentó á la alta sociedad de Nantes. Mi casamiento con vuestro padre estaba ya concertado, y yo sola era la que ignoraba este proyecto. Una noche llegó M. de Puy-saie, y me fué presentado. Veinticuatro horas después, estábamos casados. El mismo día de la ceremonia, partió para Inglaterra, donde una misión diplomática le llamaba, y, como al salir de un ensueño, me encontré condesa de Puy-saie.

Tenia quince años; pero era tan pequeña, tan delgada, tan delicada, que el que más me hubiera dado trece años.

Encontré en el fondo de la canastilla de boda un enorme cucurucho de dulces.

Poco después de mi matrimonio, mi abuela cesó de llevarme al gran mundo. Juzgaba conveniente no dejarme frecuentar la sociedad sino apoyada en el brazo de mi marido. Por lo demás, no hacía en eso más que conformarse con mis gustos. La sociedad me agradaba poco. Había contraído en Noizilles hábitos adustos que no se avenían en manera alguna con todo ese ruido, que parecía al contrario el verdadero elemento de la marquesa de Simeuse. Por eso no podía disimular su desden por lo que ella llamaba mi tontería.

— ¡Ah! ¡qué feliz has sido en haberme tenido por abuela! tú no serás nunca sino una necia, mi pobre Hortensia. En fin, felizmente ya estás acomodada.

Yo fui la primera en manifestar el deseo de irme á Noizilles para esperar allí el regreso de mi marido, y con el humor que yo la conocía, mi abuela no era mujer para oponerse á este proyecto.